

TIERRA

-¡Soltadme! -Los gritos desesperados de la joven chocaban contra la tajante indiferencia de los guardias. Quienes permanecían inamovibles ante sus reclamos. Ella contemplaba su serio semblante y veía en esa expresión carente de emociones una barrera, una barrera que la alejaba de su libertad.

Tras aceptar la negativa de sus carceleros la joven se dejó caer sobre el sucio suelo de tierra, y apoyó con desgana la parte trasera de su cabeza contra la pared, sumiéndose en el abrumador silencio de aquella estancia. Únicamente un ligero carraspeo la sacó de sus lamentos, levantó la cabeza hacia el heterogéneo grupo de mujeres que se encontraba frente a ella.

Eran notablemente distintas al ojo humano. Las había morenas como el carbón y también pálidas como la nieve. Algunas eran rubias como el oro, mientras otras lucían un cabello castaño. Y cada una contaba con una complexión diferente. La muchacha admiraba las diferencias entre unas y otras, percatándose, por primera vez en toda su vida, de la belleza de aquello que, sin pretenderlo, es distinto y único.

A pesar de sus diferencias físicas aquellas mujeres tenían un gran rasgo común, estaban allí encerradas. Sentadas como ella sobre esa tierra amarga que les ensuciaba la ropa y la piel. Aquella piel rojiza y quebrada por el frío. Instintivamente la joven se llevó una mano al brazo para tratar de proporcionarse un ápice de calor humano.

Podía ver la tristeza en sus miradas, sus ojos habían perdido el brillo, y miraban ausentes hacia cualquier parte. De pronto su mirada inquisidora chocó con dos perlas grisáceas y cansadas. Una anciana la observaba fijamente. Como atraída por la fragilidad de su piel y la sencillez de su expresión la joven se acercó a ella, arrastrándose por la tierra, pues no tenía fuerzas para levantarse.

La anciana abrió sus brazos lentamente, para recoger el temor y la incertidumbre que afectaban a aquella desolada muchacha. La joven se deshizo en lágrimas, y entre temblores y lamentaciones cayó en los brazos de Morfeo.

Se despertó de un salto, sobresaltada por sus propias emociones, las cuales se amontonaban unas sobre otras, volviendo todo aún más confuso e indescifrable. Abrió los ojos para topar contra la oscuridad de la noche. Entonces una diminuta luz parpadeante le hizo darse cuenta de que no estaba en aquella prisión. Entonces una luz mayor apareció en escena, era la pantalla de su móvil, con una alarma que marcaba las seis de la mañana.

En ese momento se dio cuenta, estaba tumbada en el suelo de su habitación. La pequeña luz parpadeante era el ligero rastro restante de un ordenador que, horas antes, había estado encendido, recibiendo, con los brazos bien abiertos, todas las ideas de la muchacha. Se incorporó levemente, tenía frío, se había quedado dormida en el suelo por estar escribiendo en el ordenador hasta altas horas de la noche.

Abrió el ordenador, provocando que la azulada luz de la pantalla le golpeará en la cara. Cuando sus ojos se acostumbraron a aquella visión un documento en blanco apareció

frente a ella. Debía escribir acerca de la situación de las mujeres en las checas, pero no lograba hacerlo sin caer en un relato superficial e insensible. Aquellos ojos grises con los que había soñado se le presentaron entonces, como una aparición. Vio el dolor de esas mujeres, y, como si su cuerpo se moviera por sí solo, comenzó a escribir. Sus dedos se desplazaban ágiles, golpeando las teclas con suavidad y constancia, dando lugar a un ligero ritmo que la acompañó en su intervalo creativo.

Su mente viajó hasta los testimonios de aquellas mujeres. Algunas estaban allí por los crímenes más inocentes, como ir a misa, mientras otras, como ella, había ido a parar allí por su trabajo como corresponsal de guerra. Iluminada únicamente por aquella brillante fuente informatizada, la joven expresó todo lo que los semblantes indeformables de aquellas mujeres escondían. A través de su propio dolor, dio voz a quienes les fue arrebatada.

Mientras escribía, no muy lejos, sobre su cama, un viejo vestido blanco estaba estirado sobre la cama, arrugado y manchado de tierra.